

« Túnez, ¿de qué revolución hablamos? », in *Diagonal, Madrid*, 18 febrero, 2011. Número 144,

Recibimos desde hace varios días, con mucha razón sin duda alguna, consideraciones entusiastas sobre el movimiento social en Túnez. Aprovechemos nuestro placer, sobre todo de ver los presos políticos salir de las prisiones de Ben Ali. Sin embargo, bajo estos comentarios eufóricos, no sería necesario sobre todo dejarnos encerrar en el mar de comentarios de información. En realidad, y en todo rigor, conocemos bastante poco cosa sobre este movimiento social; bastante poco las cosas susceptibles de alimentar análisis para una comprensión fundada en ciencia social. La iteración de la palabra “revolución” constituye una clase de prescripción “main stream”. Decir esto expone obviamente a riesgo de no estar entendido, puesto que se trataría que de una “revolución de jazmines”, como si era necesario que sea “agradable” con el fin de aparecer bajo el resplandor inventado de la “democracia”.

¿De qué prescripción democrática hablamos? ¿Qué factores sociales, políticos y económicos realmente produjeron esta aparición? Una vez más, en todo rigor, tan solo se puede hablar de una situación pre revolucionaria, que puede desembocar en una revolución política, lo más probable - es decir, un revoque constitucional de las instituciones de reproducción del sistema de clase -, ya que para ser no solamente político pero social, es necesario que el poder económico cambia de manos, es decir, que resulta una expropiación fundamental de las antiguas categorías dominantes en la economía y, correlativamente, en el sistema de decisión político. No se juega obviamente esto. Sería necesario saber más sobre el desarrollo de estructuras de poder embrionarias en la población, lo que se designa generalmente como “doble poder”, un poder en formación que reivindica el poder de Estado. Allí arriba, no sabemos nada. ¡En cuanto a la democracia! Ella, no se piensa en los países del Sur después de colonización, también en el Maghreb no se piensa. Es decir, sólo se formula en el marco de la filosofía liberal, mercatocentrique, por no decir norte americana, y obviamente europea. Decir “impensado”, significa que no se está incluso en un marco de reflexión que movilizaba a los pensadores de la revolución francesa (1789), ellos se pretendía hacer la pedagogía política y de pensar la ciudadanía. En Francia, la constitución de 1791, la más radical que nunca se haya escrito, nunca en absoluto aplicada, tenía precisamente esta función. Los movimientos classistes - de intereses de clase - condujeron a Termidor. Se da a la palabra “democracia” un valor mágico, mientras que no tiene ya que un único significado: elecciones “democráticas”, dos partidos dominantes, uno supuesto de “derecha”, otro supuesta de “izquierda” o progresista, a los objetivos poco diferentes tal como eso pasa en las “grandes democracias” como dicen los periodistas.

A nivel filosófico y político, la palabra “democracia” toma su valor social en el movimiento actual en Túnez, como en todo movimiento de este tipo, que adjunto a la palabra “libertad”. Los movimientos de este tipo no reclaman la “democracia”, cuya idea se tiene cognoscitiva vaga, sino reivindica libertades democráticas, en el sentido que devuelven a la libertad de acción y desplazamiento de cada individuo. Es el sentido inmediato, concreto, que la gente retiene de la democracia. ¿ Que es lo que una elección democrática? ¡Incluso en casa en Europa es discutible! Alegar la de Costa de Marfil es engañoso, puesto que en ese caso se trata de luchas entre dos legitimidades; ¿es lo que ella el resultado más legítimo, el de la comisión de la ONU o la de un Estado constituido?

La democracia es un concepto ideológico que aparece en los países emergentes, tal como se designan hoy, o en “desarrollo” - como un problema eschatologique. Sugiramos mientras que esta supuesta necesidad, eschatologique, se cuelgue a los efectos de la “universalización ideológica”. Ésta abastece el flujo de los argumentos de la modelización sistémica comprendida más generalmente como “universalización” o “globalización”, que tiende a generalizarse por el tríptico “democracia, capitalismo, ciencia y técnica”, una clase de prescripción obstinada a la “modernidad”. Se puede deducir de esta lealtad, la existencia evidente de una relación funcional que conduce, no sólo a la reorganización planetaria de las relaciones de soberanía entre los Estados

nacionales, sino también a su reproducción, es decir, reinstalando a su lugar jerárquico los antiguos territorios que se ha convertido en Estados nacionales después de independencia, por lo tanto supuestamente independientes.

El hecho de que esto poco esté discutido en el campo intelectual interno a estos Estados, ilustra la potencia de la “universalización ideológica”, consiguió importar - y a llevar una adhesión, tanto mayoritaria que acrítica - la versión canónica, y más aún santificada, de esta relación “mercado/democracia” formada por una funcionalidad recíproca: uno legitima el otro. Pero es por un efecto de “jugarreta” histórico que eso sucede, borrando la historia social en favor de un paradigma en exceso fabricado por la oposición engañosa entre “totalitarismo” y “democracia” y que funde las representaciones actuales de la “modernidad”. De ahí una nueva historia, a veces revisionista, descalificando tanto los movimientos anti coloniales como aquéllos, anti liberales, que formaron los Estados sociales de redistribución, o desafiado la apropiación privada de las riquezas producidas por el trabajo humano. El vínculo “Libertad” y “democracia” no tiene virtud “anti totalitaria”, es un resorte ideológico que lo identifica a una pseudo moral humanista, más edificante que humanista; ¡como si el mercado era sinónimo de libertad! El capitalismo necesita libertad, se lo olvida demasiado a menudo. Es en primer lugar para él que está allí, que sirve sus intereses. El momento Tunecino es el seguramente dónde la marcha del capital necesita más libertad, comercio y de intercambios, de más posibilidad de movimiento de capital que no permitía ya el régimen de Ben Ali.

De la misma forma que el “totalitarismo” puede reclinarsse bajo varias formas, la “democracia” no puede presentarse como absoluto. Ya que pierde este carácter absolutista e idealista en cuanto se la somete al análisis de los sistemas políticos concretos; puede ser “directa”, “parlamentaria”, “popular”, y sobre todo puede ser “social”. ¿Por qué pues hablar, por ejemplo, de transición democrática cuándo es de la transición al “mercado” que se trata? Es decir, a un capitalismo quitado de su reglamento en dispositivos colectivos institucionalizados por un Estado. Ahora bien, es la existencia del mercado (la competencia) que da derecho a toda valoración de las formas políticas “democráticas” por lo tanto que pueden situarse en una banda de registros muy diferentes: lo que cuenta es el mercado, no la democracia!

Si se observa en la larga duración, existe varias escalas de universalización. Los sistemas políticos a los cuales devuelven no forman una categoría autónoma, a parte, opuestos término a largo plazo a sistemas generalmente designados bajo el sustantivo “democracia”, pero se insertan en un mismo tipo donde la divergencia entre sistemas totalitarios y sistemas democráticos es una diferencia de gradación. En este sentido un sistema democrático no es más que una forma particular de todo sistema, por principio siempre es totalitario.

La hipótesis es que el movimiento social en Túnez resulta de una aceleración de los procesos de cambio social que conocen las sociedades humanas, generalmente imperceptibles, pero que las trabajan a fondo, consiguiendo una contracción brusca tomando la forma de una erupción social y de una irrupción de una multitud de agentes. Este fenómeno cruza toda la historia humana. En la actualidad, se produce, y es comprensible, que como efecto de la presente universalización ideológica.

Lo que se empezó después de la segunda Guerra Mundial aparece al final de los años setenta con las transformaciones en España y al este de Europa que participaba de un movimiento general sobre el conjunto del continente europeo. Aparecen nuevas tensiones sociales, el estallido de los territorios, las crisis de las formas tradicionales de la política, conflictos y guerras étnicas y la puesta en cuestión del “modelo de Westfalia” con una nueva configuración de “universalización” que sucede a la que fue la regionalización del mundo por el Estado nacional.

La salida de los regímenes autoritarios (totalitarios) al este y en la Península Ibérica permite una comparación con el Maghreb de hoy. En el caso de España, la contracción del cambio social se relaciona con el proyecto de una burguesía modernista orientado hacia la apertura europea y su inserción en el mercado europeo. La caída de franco y de su régimen está vinculada a eso, porque constituían un obstáculo a tal proyecto. Pero no surge no de revolución social, esto ha sido imposible por la inteligencia política y el apoyo de los Estados Unidos, con el “pacto del Moncloa”

pasado entre todas las corrientes políticas en nombre de una “transición democrática” necesaria. La burguesía española así se ha re legitimado hasta hoy en que domina la parte fundamental de la vida social, política y cultural, según y a través de vectores específicos a España, en particular, la persistencia del peso político y social del aparato religioso.

En el caso de Túnez, conviene concentrarse sobre el juego de las categorías sociales a la ofensiva, su historicidad y su racionalidad, de intentar analizar las causas que han conseguido el desequilibrio del sistema tunecino, y de entender la secuencia de las crisis y rupturas para incluir las transformaciones de hoy. Digo transformación y no transición. La “transitología” se inventó sobre los casos meridionales europeos (España y Portugal) y latinoamericanos al final de los años 1980. Considera la transición como paso de un estado a otro, de un Estado totalitario a un Estado democrático, o como consolidación, dudosa, con un proceso más largo, considerando que la organización de elecciones libres y dictar nuevas normas nuevas normas bastan a cerrar la transición. Ahora bien, el enfoque sociológico e histórico de la política permite comprender mejor la secuencia de las crisis y acontecimientos que produjeron la salida del franquismo y el comunismo. Se ha tratado más de “transformaciones” y de “metamorfosis” que de “transición”. De ahí la importancia de los conceptos de “memoria colectiva”, de “tradicición”, de “cultura”, “de experiencia histórica”, de “código cultural”, “de historicidad”, etc para definir variables explicativas de los acontecimientos y fenómenos que se constatan hoy en Túnez.

Lo que importa hoy estudiar, son los procesos que determinan la articulación entre Estados totalitarios en crisis y movilizaciones social, en su interdependencia, dirigido en los recientes años a una coyuntura donde tomó forma lo que solemos llamar “universalización” y debilitando radicalmente el equilibrio del sistema y creó oportunidades políticas. Es decir, que las contradicciones estructurales del régimen tunecino acumularon “tensiones”, “desequilibrios”, que liberaban espacios dónde podían organizarse agentes sociales y políticos. Eso destaca el interés en referirse a la forma en que los agentes y grupos sociales construyeron una identidad individual y colectiva arraigada en tradiciones.

Se trata pues por una parte, de percibir cómo funcionaron las movilizaciones. Percibiendo en primer lugar los objetivos limitados de ahí ellas nacieron. Luego cómo ha tenido lugar la aparición del movimiento, con un grado de preparación organizativa de las categorías de referencia que aparecían como un factor decisivo del movimiento protestador. Cómo en este contexto se han retirado, han aparecido, o están apareciéndose, oportunidades políticas ofreciéndose a los miembros de un grupo potencialmente contestatario y favorece el desarrollo del movimiento social.

Sería necesario entender también la dimensión simbólica y cognoscitiva que permite al movimiento verse como una fuerza autónoma, trabajando, hasta un determinado punto, su propio desarrollo. Se trata aquí de la dimensión “cultural” que arregla la movilización, la transforma y actúa a cambio sobre el propio movimiento. Todo eso puso en juego memorias colectivas, un material simbólico y político del que se apoderó el movimiento social. Lo que es necesario incluir, es cómo los intereses de los unos y de los otros, que no es inevitablemente comunes, se han unificado en actos simbólicos a alcance político. Es todo esto que esta igualmente pasando hoy en Egipto.